

## TALLER DE REDACCIÓN DE UNA SÍNTESIS

Este ejercicio de redacción consiste en (i) preparar el material de estudio para la redacción de una síntesis acerca del debate generado alrededor del texto “*La Presencia de los Invisibles*”, y (ii) esbozar un cuadro de ideas en común entre los tres textos que luego serán contratadas/comparadas en un texto único -es decir, una síntesis-.

Los pasos a seguir son los siguientes:

1. Lea atentamente cada uno de los cuatro textos: el primero corresponde al tema único; los otros tres son las respuestas de los lectores de ese primer texto publicado en la Revista Arcadia (versión digital).
2. Elabore un resumen de cada uno de los tres textos.
3. Redacte una serie de preguntas para cada texto: el objetivo es que los tres textos ofrezcan una respuesta. *Adjunto un modelo de cuadro.*

	Texto 1	Texto 2	Texto 3
	<i>Más que 5 kilos de Debate</i>	<i>Políticas de invisibilización</i>	<i>Los Medios de Comunicación y la economía de las visibilidades</i>
1. ¿  ?			
2. ¿  ?			
3. ¿  ?			

**NOTA:** si desde alguno de los textos no hay respuesta a la pregunta que usted ha planteado, se sugiere revisar nuevamente la pregunta y/o eliminarla. Sólo se forma una idea en común si los tres textos responden a su pregunta.

## TEMA EN COMÚN:

<http://www.revistaarcadia.com/impres/a/articulo/la-presencia-invisibles/23281>

### La presencia de los invisibles



Carátulas de los libros de la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana.

### Literatura

**El Ministerio de Cultura lanzó, en la pasada Feria del Libro de Bogotá, la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana: 20 volúmenes de textos de escritores colombianos negros. ¿Para qué sirve esta inversión editorial del Estado? ¿Visibilizará a los invisibles? ¿Quién los va a leer?**

**Por: Manuel Kalmanovitz G.**

Entre los reunidos, la palabra clave era “visibilizar”. Aunque también estaba su opuesto “invisibilizar” y sus derivaciones “invisibilizados” e “invisibles”. Como si hablaran de una epidemia.

Se trataba del lanzamiento, en la pasada Feria del Libro de Bogotá, de la caja de literatura afrocolombiana que editó el Ministerio de Cultura. Es complicado lo que rodea a esta caja, porque el problema de la invisibilidad es tan serio como difícil de tratar. Lo que sí tiene es que suena bien, suena poderoso, como si fuera cuestión sobrenatural, de magia o hechicería. Pero es una hechicería especial, combatible desde lo burocrático, entonces no es para que nadie pierda la cabeza. Así, la presentación de la colección firmada por la ex ministra Paula Marcela Moreno Zapata se titula “Haciendo visibles a los invisibles”. La fe en lo que la burocracia puede lograr a veces sorprende, ¿no?

Con las mejores intenciones, el Ministerio pensó que la respuesta residía en hacer algo extremadamente sólido, real, material. Qué es lo que ofrece esta caja: la solidez de 19 libros y cinco kilos de páginas, carátulas y la caja donde viene todo. Aunque también queda la sensación de que algo tan sólido no logrará resolver un problema tan etéreo.

¿En qué consiste este problema de invisibilidad? Varios de los participantes en el lanzamiento explicaron que hay una deuda histórica con los escritores afrocolombianos que por varias razones, entre ellas el color de su piel y el hecho de que su cultura se transmita oralmente, se han visto excluidos del canon de la literatura colombiana.

Manuel Zapata Olivella condensa una versión de esa idea en uno de los editoriales de la revista *Letras Nacionales* de 1965, incluida en una antología de sus escritos que viene en esta caja, y en la que cuestiona a quienes no creen en la existencia de una cultura nacional: “En los conflictos políticos y económicos contemporáneos hay quienes, defendiendo intereses particulares, niegan la existencia de una literatura en pueblos que fueron o son oprimidos. A despecho de sus propias aseveraciones, se apresuran a destruir la literatura nativa —tradiciones, folclor, archivos, idiomas— y cuando les es imposible incinerar, empecinadamente niegan los valores objetivos”.

Esa es la invisibilidad: se hacen cosas, se escriben libros, se habla y se cuenta, pero nadie escucha. O el que escucha dice que no oyó nada. Aunque acá cabe observar que la situación en que nos encontramos y que esta caja ilustra es la opuesta a la que vivió Zapata Olivella en 1965. Ahora, la cultura nacional que defendía se pone en duda y no desde la tradición europea, como sucedía entonces, sino desde adentro, desde las minorías y los marginados, que encuentran más cosas en común con minorías y marginados de otras partes del mundo que con lo que constituía esa “cultura nacional” oficial.

El gran problema de aproximarse a este proyecto es que acá —y en iniciativas similares— confluyen cuestiones estéticas, históricas, académicas, políticas y burocráticas que se sobreponen y confunden.

Porque está claro que en el transcurso hay una avalancha de injusticias históricas que empezaron con la esclavitud, que continuaron con el racismo, con el abandono de grandes zonas del país por parte del Estado y con el desconocimiento de sus particularidades culturales (reconocidas tardíamente en la constitución de 1991).

Eso, a un nivel. Luego está la cuestión burocrática, el sentido de oportunidad que aprovechó la ministra: mil millones de pesos que llegaron dentro del programa de celebración del bicentenario y de los cuales se usaron 700 para esta caja (los 300 restantes se usaron para una caja de literatura indígena). Y esta suma es particularmente significativa en un ministerio con un presupuesto reducido —para entender las proporciones, la Biblioteca Nacional gasta eso anualmente.

El componente político está claro en la selección de los autores: hay escritores de la costa Atlántica, la Pacífica y de San Andrés y Providencia. Como escogiendo uno o dos invisibles por región y no dejando ninguna de lado.

Entonces tiene eso esta caja: algo calculado, como si hubiera sido pensada para que los políticos la llevaran a las regiones y mostrar así, con cinco kilos de libros, que sí hicieron algo, que sí se preocupan por sus constituyentes. De esa magia sí es capaz la burocracia. Aunque, ahí lo que se visibiliza no son tanto los autores, sino el ministerio mismo en general y la gestión de la ahora ex ministra en particular.

¿Qué se escogió para visibilizar? El comité editorial, compuesto por Roberto Burgos Cantor, Ariel Castillo Mier, Darío Hernando Restrepo, Alfonso Múnera Cavadía y Alfredo Vanín Romero (este último es también, aparentemente, uno de los invisibles, porque la caja incluye la reedición de dos libros de poesía suyos en un solo tomo), escogió una gama amplia de textos que van desde el siglo XIX hasta el presente.

En la selección también colaboraron varias universidades (la del Valle, la de Cartagena, la Nacional sede Caribe) que con el tiempo han creado programas académicos dedicados a reflexionar sobre la literatura afrocolombiana. Esta arista académica ofrece el canon literario que respalda esta caja.

Aun así, no todos los visibilizados son igual de invisibles. En la caja, de hecho, hay desde invisibles bastante visibles (el poeta Candelario Obeso, Óscar Collazos, el ya mencionado Zapata Olivella) hasta verdaderos invisibles (los mineros, agricultores, folcloristas y maestros que contaron las historias recopiladas por Baudilio Revelo Hurtado en el volumen dedicado a la tradición oral en el Pacífico), con toda una gama en el medio.

También fueron plurales a la hora de los géneros representados. Están los artículos de Zapata Olivera, hay un libro de ensayos de Rogerio Velásquez Murillo, muchos tomos de poesía (aparte de la de Vanín y Obeso están Jorge Artel, Helcías Martán Góngora, Pedro Blas Julio Romero, Hugo Salazar Valdés, Rómulo Bustos Aguirre y una antología de mujeres poetas recopilada por Guiomar Cuesta y Alfredo Ocampo), hay cuentos (Carlos Arturo Truque, Lenito Robinson Abrahams, Óscar Collazos y la recopilación de Revelo) y novelas (Arnoldo Palacios, Zapata Olivella, Hazel Robinson Abrahams y Gregorio Sánchez Gómez). Es, entonces, un esfuerzo plural de arriba hasta abajo.

La pregunta que vale la pena hacerse es si esta caja tan sólida, si estos cinco kilos de libros afrocolombianos, realmente lograrán acabar con esa maldición de la invisibilidad de la que habla la ex ministra en su introducción. Y esa es una pregunta difícil de responder. Melba Escobar, ex coordinadora del área de literatura, decía que le gustaría que pasara con estos libros lo que pasó con las ediciones de Colcultura de los años 70, que hasta el día de hoy se encuentran por ahí, en las bibliotecas de las casas, entre los vendedores ambulantes de la séptima, en las casetas de libros usados de toda Colombia. Que se regaran por el país y por las casas hasta ser tan comunes que uno dejara de notarlos.

Pero la monumentalidad y solidez de la caja no alientan su circulación por ese circuito. Además está el hecho de que del tiraje de 4.000 cajas, sólo 400 están a la venta (precio sugerido: 250.000 pesos). Y 400 cajas de 19 libros seguramente no alcanzarán a satisfacer el mercado de las ventas callejeras de todo el país.

¿A dónde van las cajas? A escuelas, universidades y bibliotecas, especialmente de las zonas con mayor población afrocolombiana. En ese sentido, pareciera que el objetivo de la caja no fuera visibilizarlos ante la cultura nacional, esa que defendía Zapata Olivella, sino ante sí mismos. Y, qué pena el cinismo, pero también visibilizar ante ellos las actividades del Ministerio de Cultura en general y, en particular, de la ex ministra.

Porque si el objetivo real fuera todo ese cuento retórico de la visibilización, habría que encontrar cómo llegarle a la mayor cantidad de gente posible y hacerlo en la edad cuando se forma esa idea de la cultura nacional, es decir, en el colegio.

Habría entonces que proponer un cambio en los pensums escolares de literatura, luego organizar talleres con maestros y alumnos; en fin, toda una labor grande pero poco vistosa (de paso, si ese fuera el objetivo, los prólogos académico y llenos de notas de pie de página que acompañan a muchos de los 19 libros estarían mejor en revistas indexadas que acompañando los textos).

El problema es que, si hiciera todo esto, al final no habría nada que mostrar. Nada aparte de la visibilización, que es inmaterial.

Si se hiciera todo esto, una caja como esta sería innecesaria. Porque si los libros están en los pensums, ahí aparecerán las editoriales que los publiquen. Y si se hacen tirajes grandes y baratos, terminarán en ese circuito del que habla Escobar, en las calles, en las casetas, en las bibliotecas de las casas.

Pero ahí, los políticos no tendrían nada que llevar en sus viajes, la ministra no tendría nada que prologar, los medios nada que comentar. La labor se habría hecho, pero los invisibles serían ellos y eso es algo que ningún político ambicioso puede permitirse.

## TEXTO 1:

<http://www.revistaarcadia.com/opinion/articulo/mas-cinco-kilos/23526>

### Más que cinco kilos

#### Debate

**"Pretender hablar de los procesos de invisibilización como si se tratara de una epidemia, es desconocer toda una historia en la que el poder colonial produjo unas formas de subjetividad proclives a su sistema económico de explotación".**

El escrito realizado por el crítico de cine Manuel Kalmanovitz G. titulado “La presencia de los invisibles” referente a la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana realizada por el Ministerio de Cultura, ha despertado reacciones de diversa naturaleza por el tratamiento ligero que le otorga a un tema sensible a la hora de repensar la cultura nacional, como es el lugar de la producción literaria de los afrodescendientes en una nación pluriétnica y multicultural.

El texto en su conjunto, contiene expresiones problemáticas que lo ubican en el escenario de las descalificaciones de diversa naturaleza: una frente a lo que considera una producción burocrática de la ex-ministra afrocolombiana, Paula Moreno, quien al parecer realizó una significativa – ¿desproporcionada?- inversión de recursos públicos en un material de reducida circulación por la cantidad y el valor monetario con que ha salido a la luz pública; otra tiene que ver con los fines de esta publicación que seguramente, a los ojos del crítico, serán utilizados más para visibilizar a la burocracia y el afán politiquero para mostrar resultados que no hará mas que continuar dejando en la invisibilidad a los que pretende mostrar y finalmente otra tiene que ver con la reiteración de los 5 kilos de peso del material que no van alcanzar a cumplir con el objetivo de hacer visible una cultura y sus creadores. Lo preocupante del texto son las frases que sutilmente se van colando en medio de la refriega de cuestionamientos y que dan la apariencia de tener menor relevancia, pero que en últimas se constituyen en el núcleo de la reflexión que deja ver la incomodidad –¿desprecio?- que existe por la emergencia de unos patrimonios étnicos y sus dinámicas, por medio de políticas culturales en el escenario nacional. Pretender hablar de los procesos de invisibilización como si se tratara de una epidemia, es desconocer toda una historia en la que el poder colonial produjo unas formas de subjetividad proclives a su sistema económico de explotación y negó sistemáticamente la humanidad de quienes generaron riquezas y saberes de diversa índole. Lo problemático es que al autor del artículo le parece epidémico lo que constituye a todas luces una realidad inobjetable e inocultable de tal magnitud, que esta sociedad poco se conmueve con los índices de miseria y abandono en que muchas comunidades afrocolombianas se encuentran en la actualidad o de la situación de sus centenares de desplazados forzados por la guerra. La gran epidemia de la que no se habla mucho es la de la desesperanza, la miseria y el olvido sistemático de los “otros de la nación”. La invisibilización no es solo un vocablo que “suena bien” o “suena poderoso”, es todo un sistema de poder excluyente que impide el desarrollo pleno de estas comunidades y lo realmente “sobrenatural” es que a estas alturas de la historia existan tantas inequidades y desigualdades sociales.

Sorprende leer la concepción de etéreo que le da al problema de la invisibilidad oponiéndolo a la solidez de la colección, en franca contradicción por cuanto esa solidez, según la propia argumentación, no pesa

más de cinco kilos. Lo que muestra la ironía es la profunda necesidad que se tiene de que estas culturas como la afrocolombiana estén llamadas por siempre a la precariedad, a no tener derecho a textos con calidad y con dignidad en un sistema editorial en donde se encuentra toda suerte de publicaciones que en muchos casos no se someten a cuestionamientos, quizá porque las autorías o pertenecen a la elites o hacen parte de los circuitos del mercado de la industria del libro.

El argumento se desplaza entonces hacia la sospecha de que esta producción logre resolver los problemas históricos de la invisibilidad, cargándole con esto toda la responsabilidad a algo que se presenta como una más de las posibilidades de afectar la visión que la estructura de nuestra sociedad tiene frente a estos temas. Un ejemplo contundente ha sido el hecho que gran parte del sistema educativo colombiano se ha resistido a implementar decididamente, así la ley sea obligante para todas las instituciones educativas oficiales y privadas, la Cátedra de Estudios Afrocolombianos –dirigida a todas las personas que conforman la nación en su conjunto- que en muchas partes ha quedado al garete de la voluntad y el interés de las directivas institucionales, por cuanto eso “es cuestión de negros”.

La visibilización no es un cuento retórico como se argumenta en el texto, es una necesidad vital y un apuesta política pues la estrategia de la Cátedra ha sido llegarle a toda la población colombiana y no propiamente por la venta de libros, sino por la transformación estructural de la educación oficial que el autor no cuestiona quizá por desconocimiento de esta situación, y en donde cunden múltiples ejemplos de maestras y maestros afrocolombianos y no afrocolombianos, que a lo largo y ancho del territorio nacional siguen en la tarea silenciosa de intentar que el país entienda de una vez por todas que su realidad plural es mucho más que un enunciado constitucional. Esta negativa al cambio, es lo que justifica la caja pero que, en la relevancia que el autor le da a su aparente solidez material, impide que se vea la contundencia de una producción intelectual –esa si con su propio peso específico- hecha a lo largo del tiempo.

La visibilización que algunos de los autores que hacen parte de esta colección han tenido, según Kalmanovitz, no significa que por estos pocos la producción literaria de los y las afrocolombianos este siendo conocida por el conjunto de la sociedad. Sería interesante mirar cuánto se conocen los más “visibles” como Candelario Obeso o Manuel Zapata Olivilla en las instituciones educativas de nuestro país y qué tanto realmente se están estudiando sus obras, o cuánta de esta literatura que presenta esta colección es conocida y esta siendo trabajada en las carreras de Español y Literatura, o Filosofía y Letras de las universidades nuestras. No olvidemos que el desconocimiento es una forma de no visibilización.

El otro asunto que tiene que ver con el tiraje y que se convierte en el texto en uno de los fuertes cuestionamientos es el de los destinatarios y la cobertura que este material va a tener de manera reducida. El problema quizá no sea tanto de circulación en el sentido que grandes tirajes garantizan un efectivo impacto, pues también la masificación corre el riesgo de dilapidar recursos en materiales que “por ser tan comunes uno dejara de notarlos” -como dice el autor del texto- y tambien de utilizarlos. Lo que deben circular son la ideas de transformación de estructuras que se resisten a enfrentar la realidad con sus invisibles históricos y sus visibles hegemónicos.

Pero ¿qué hay más allá de los cinco kilos de peso de la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana? Lo que la caja devela y eso es lo maravilloso, es que evidentemente no está recogida en ella toda la producción literaria afrocolombiana, mucho menos esas oralidades que se despliegan en la vida cotidiana y que seguramente nunca van a ser parte de publicación alguna, lo anterior demuestra la gran riqueza existente, pues las ausencias lo que están reclamando es su presencia en otras producciones que deben ver la luz pública ojalá lo más pronto posible. Una caja es un espacio limitado que al escogerse lo que va en ella, lo que queda por fuera requiere y reclama de otras cajas que lo contengan. Más allá del peso físico, está el peso de la historia de hombres y mujeres que con sus letras han venido cantándole a la vida con sus afugias, desencantos, penalidades, frustraciones, pero tambien con esperanzas, sueños que desbordan en fantásticos relatos, imágenes e imaginarios culturales de

distintas regiones en donde lo misterioso se trenza con lo político, lo lúdico con lo sobrenatural. Ese es el real peso de este material, el peso de expresiones de la cultura afrocolombiana que se traducen en profunda espiritualidad, o de poéticas interpretaciones de la existencia arropada por toda suerte de contingencias y cuestionamientos que se van imbricando en medio de sonidos de tambor que recuerdan rutas trasatlánticas ignominiosas.

El peso simbólico de decirle al país que es necesario mucho más que una caja, por que si se hicieran las cuentas de todo lo producido solamente en oro en el proceso de esclavización en la colonia, los 700 millones invertidos en esta producción literaria contemporánea -escandalosos para el autor del artículo- no alcanzan a reparar todo el trabajo vivo invertido por los miles de esclavizados o esclavizadas en las minas del Pacífico y de otros lugares de la geografía de lo que hoy llamamos Colombia. Este artículo aparecido en una revista de la calidad de Arcadia muestra que es incómodo para muchos concebir las afro-reparaciones como justicia epistémica.

La caja es visible y su contenido también y efectivamente no va a resolver el problema histórico de la “invisibilización” que perdurará, pero lo que si hace es recordarnos que tantos siglos de deshumanización, negación, exclusión, racialización y racismo, pero también de cimarronajes, luchas libertarias, reclamación de derechos, participación activa en la vida nacional, pesan mucho más que 5 kilos.

**Adolfo Albán Achinte**

**Docente**

**Departamento de Estudios Interculturales**

**Universidad del Cauca - Popayán**

## **TEXTO 2:**

<http://www.revistaarcadia.com/opinion/articulo/politicas-visibilizacion/23524>

### **Políticas de visibilización**

#### **Debate**

**"La publicación de esta colección puede ser objeto de críticas en cuanto al costo de los volúmenes, al hecho de que no va a llegar a todos los sectores, a la limitación que posee al no incluir suficientes mujeres afrocolombianas, quienes son víctimas de un doble proceso de invisibilización, por ser mujeres y por ser afrocolombianas".**

El pasado mes de septiembre, la revista publicó el artículo de Manuel Kalmanovitz titulado “La presencia de los invisibles”. En este artículo se critica la publicación de la Biblioteca de Literatura Afrocolombiana con 20 volúmenes –en otro apartado se habla de 19 libros- de escritores afro-colombianos. El autor cuestiona la política editorial del Estado y su trabajo por hacer visible la literatura y la producción cultural afrocolombiana, pues la considera muy costosa y poco útil para la visibilización de la población afrocolombiana. En suma el autor parece que está en desacuerdo con dos aspectos fundamentales:

-La idea de la visibilización de los grupos oprimidos como los/as afrocolombianos/as, por considerar que es inmaterial e innecesario.

-La idea de que desde el Estado, lo que él llama la burocracia estatal, se promuevan políticas culturales tendientes a la afirmación cultural de los diversos grupos que habitan el territorio colombiano.

Con respecto a este último punto conviene recordar que es deber del estado garantizar la igualdad de todos los ciudadanos y de todas las ciudadanas en Colombia. Esto significa que es tarea del Estado desarrollar políticas públicas tendientes a la creación de condiciones de igualdad para todos y todas.

Una de los campos en los cuales se observa mayor discriminación es el de la cultura, pues se habla de culturas nacionales como si la visión del mundo de las elites blancas fuera todo lo que hay de la nación colombiana. En el canon literario colombiano se pasa por alto la producción cultural de los pueblos indígenas y de los grupos afrocolombianos. La colección viene a hacer visible esa producción como parte del deber del Estado de garantizar el derecho de igualdad, por ello una visión privatista y elitista/racista de la cultura como la del señor Kalmanovitz no tiene cabida dentro de un estado social de derecho como es el colombiano.

Es claro que el Estado tiene el deber y nosotros/as, los ciudadanos y las ciudadanas, el derecho de que se publiquen las obras de estos autores pues el racismo que los mantenía ocultos no solo hace daño a la población afrocolombiana, sino también a la población mestiza que se ve privada de un producto de la cultura que explica y constituye su identidad.

El señor Kalmanovitz se equivoca cuando afirma que la visibilización de los pueblos indígenas y los/as afrocolombianos/as es inmaterial e innecesaria. Para ser un comentarista cultural ciertamente tiene un concepto bastante pobre de la cultura y de sus posibilidades. Pasa por alto el hecho de que la nación colombiana se ha fundado sobre un olvido, que es el de la opresión de grupos como aquellos de los que se ocupa la colección. Este genocidio cultural que han sufrido los pueblos indígenas y los grupos afrocolombianos debe ser remediado. Debemos tener la memoria de su dolor e incorporar en nuestro imaginario de la nación sus producciones culturales. Johan Galtung ha escrito sobre los diversos tipos de violencia que aquejan a los pueblos. En Colombia además de la violencia estructural y de la directa sufrimos de la violencia simbólica. La colección es un buen comienzo para ir remediando esa violencia. La publicación de esta colección puede ser objeto de críticas en cuanto al costo de los volúmenes, al hecho de que no va a llegar a todos los sectores, a la limitación que posee al no incluir suficientes mujeres afrocolombianas, quienes son víctimas de un doble proceso de invisibilización, por ser mujeres y por ser afrocolombianas. Sin embargo, lo que le molesta realmente al autor es que el Estado haya invertido dineros públicos en políticas de visibilización. Sorprende que una publicación como Arcadia abra sus páginas a un escrito tan cargado de racismo y de desprecio hacia las producciones culturales de grupos tradicionalmente oprimidos como son los afrocolombianos/as y los pueblos indígenas. Me llama la atención que la caja de producción cultural de los pueblos indígenas no se critica, me imagino que como consecuencia del prejuicio de las elites criollas de considerar que los indígenas si tienen derechos diferenciales pero los/las afrocolombianos/as no, porque al fin y al cabo ellos/as son colombianos/as como todos nosotros/as.

Arcadia está en deuda con estos grupos oprimidos, pues artículos como el del señor Kalmanovitz contribuyen a la violencia simbólica de que han sido víctimas por tantos años.

Atentamente,

**Farid Samir Benavides Vanegas, MA, JD, PhD**  
**Investigador Campus per la Pau**  
**Universitat Oberta de Catalunya**  
**Investigador Grupo COPAL**  
**Universidad Nacional de Colombia**  
**University of Massachusetts at Amherst**

### **TEXTO 3:**

<http://www.revistaarcadia.com/opinion/articulo/contradicciones-retorica/23523>



## Los medios de comunicación y la economía de las visibilidades

### Debate

**"¿Será que si esa plata hubiera ido a la Biblioteca Nacional para comprar o publicar libros sobre el bicentenario, el señor estaría más tranquilo?"**

Señores Revista Arcadia:

Hace poco se publicó en su Revista una nota firmada por Manuel Kalmanovitz, titulada "La presencia de los invisibles". La nota, aunque de escasa calidad literaria y de poco valor como análisis político, ha generado diversas reacciones. Pienso que las reacciones al texto evidencian una de las paradojas de las sociedades contemporáneas: la visibilidad de lo inútil. Parapetado tras la visibilidad de una publicación impresa, el autor nos ha puesto a botar corriente sin mayores argumentos.

Aunque no soy crítico literario, quisiera comenzar diciendo que la primera sensación que me produjo la nota fue de aburrimiento. Se trata de un texto soso y desordenado, que pareciera escrito por el empleado de una revista cuyo jefe lo envió a realizar una nota que no le producía ningún interés. Si lo leí entero fue porque un amigo me lo envió preguntándome qué opinaba al respecto, y luego lo releí, debo confesar que lo leí de nuevo, porque una amiga más me lo envió y me preguntó otra vez qué opinaba sobre el texto.

Mi primera reacción fue de sorpresa: me pregunté por qué un texto tan flojo causaba tantas reacciones. Al principio no lo entendí, pues me parecía que el autor quería decir algo pero no lo lograba; no era la calidad de sus argumentos lo que producía interés, ni lo era la calidad de su escritura. Luego me dí cuenta que, tras la escritura sosa, había no sólo el tedio de un escritor obligado a realizar una tarea contra su voluntad; también había un montón de sentido común, en el que se dejaba traslucir un pobre sentido de la crítica.

Personalmente tengo ideas encontradas frente a la colección de textos que publicó el Ministerio de Cultura. Considero que la idea es valiosa y creo que sus alcances dependerán mucho del uso que se haga con los textos; me parece clave que se lleve a escuelas y bibliotecas, y me parece muy valioso que se privilegie a las escuelas y regiones donde haya mayoría de población negra. Creo también que eso debería complementarse con una estrategia de difusión nacional dirigida al conjunto de la población, pero entiendo que si hay que establecer prioridades es prioritario apuntar a que la gente conozca a sus intelectuales. De otra parte, me preocupa en algunos casos el criterio de selección de los autores y obras incluidos; aunque no soy un conocedor, me parece que se quedan por fuera algunos escritores que sería clave incluir y se incluye otros no tan relevantes. No sobra decir que es difícil dejar contento a todo el mundo y que ello no desdice de la obra colectiva, pero sí deja preguntas sobre la intencionalidad.

Pero, volviendo atrás, me parece que críticas como las de Kalmanovitz son poco constructivas. Pescando en río revuelto, pretende hacer una crítica a las formas de gestión politiquera del gobierno saliente y de la exministra; sin embargo, su tono suena más a una diatriba contra los procesos de visibilización, sin mayores argumentos y, a mi juicio, evidenciando prejuicios bastante problemáticos. Yo sí creo que hay vicios que es necesario

combatir en cuanto a las formas de hacer política con temas tan delicados como el reconocimiento de las presencias intelectuales de los afrodescendientes u otras de sus presencias y aportes. Pero no me parece que el problema sea de kilos ni de número de páginas o de comparaciones entre los presupuestos de este proyecto y otros presupuestos oficiales.

Si se trata de hacer un cuestionamientos a la política de cultura, o al modelo de sociedad que propone el gobierno saliente, habría muchos mejores ejemplos y argumentos de mayor peso; pero el comentarista se queda en lo que le produce más ardor en las vísceras, que al parecer es que se malgastó una plata en un proceso de visibilización de los afrocolombianos por la vía de dar a conocer a algunos de sus autores más destacados. En ese sentido, vale preguntarse qué es lo que le molesta.

¿Será que si esa plata hubiera ido a la Biblioteca Nacional para comprar o publicar libros sobre el bicentenario, el señor estaría más tranquilo? ¿El problema es que se publique la colección de autores cuya obra ha sido escasamente difundida? o lo que le molesta es que se trate de alterar una política de visibilidades en la que él se sentía más cómodo?

En fin, no creo que su nota de para tanto; lo que sucede es que, a diferencia de muchos de los autores históricamente invisibilizados, muchos de ellos de gran calidad intelectual y artística, Kalmanovitz tiene la ventaja de poder poner sus ideas en la gran caja de resonancia que son los medios.

Caídos en la trampa, terminamos discutiendo sus letras, antes que disfrutar algunos de los diecinueve volúmenes, leyendo unos cuantos gramos de buena literatura.

**Axel Rojas,**  
**Profesor titular Universidad del Cauca**